



**XII Gran Capítulo
Caravaca de la Cruz, 14.11.2010**

Vino y caballos bajo el cielo de Caravaca

José Antonio Melgares Guerrero

Presidente de la Asociación de Cronistas de la Región de Murcia

Cronista Oficial de Caravaca de la Cruz

Ilmo. Sr. Alcalde de Caravaca de la Cruz.

Sr. Presidente del Gran Consejo.

Sr. Presidente de la D.O. Bullas

Sres. del Gran Consejo.

Señoras y señores cofrades.

Señoras y señores.

Venís a celebrar vuestro duodécimo Gran Capítulo a la Ciudad de la Cruz, y lo hacéis habiendo seguido el camino que os ha marcado una luz, permanentemente encendida sobre Caravaca. Sobre una de las almenas de su Castillo, que señala e ilumina el trayecto, como hace más de dos mil años otra luz, la de una estrella, marcó la dirección a seguir por los Magos que, desde el Oriente llegaron a Belén.

Venís desde un lugar virtual que el Cronista no ha podido encontrar en los mapas políticos convencionales. Un reino de fantasía, a cuya reina denomináis cariñosamente LA MONASTRELL, que sin duda es guapa, alegre, cariñosa, generosa y condescendiente con vosotros, sus súbditos. Reino que tiene su propia organización política en torno a una cofradía que bien podría ser el senado del reino. Un primer ministro que es vuestro Presidente y un organigrama administrativo en el que cada uno de vosotros se integra de acuerdo con la disponibilidad de su tiempo y en función de sus ocupaciones.

La vuestra es una organización totalmente real, en un reino virtual en el que cada año acogéis al COFRADE DE HONOR, que viene a ser un personaje de abolengo, que no va de paso, sino que viene a quedarse y a disfrutar con vosotros de las generosas ofertas del Reino de la Monastrell. También acogéis cada año en vuestro Gran Capítulo a un COFRADE DE MÉRITO, que tampoco es un ser baladí y del que os sentís orgullosos al incluirlo en el censo del reino, como miembro de derecho y con todas las obligaciones que vuestras constituciones previenen.

Y cómo no, como en todo grupo social que se precie, y este se precia con vuestra presencia, también acogéis hoy, aquí, aprovechando la celebración de vuestro duodécimo Gran Capítulo, a COFRADES DE

NÚMERO, que en esta ocasión son cinco, ganando las mujeres a los hombres, en un resultado final de tres a dos, en el que todos estamos de acuerdo.

Venís a Caravaca, repito, en este Año Santo 2010, atraídos por la luz de una CRUZ que, desde la frontera con el viejo Reino de Granada, ha venido iluminando el camino a este lugar desde la Edad Media, cuando en pleno S. XIII llegó de manera misteriosa, y a manos del cura CHIRINOS por designio divino y para contentar al caprichoso rey de este reino, virtual como el vuestro, de nombre CEIT ABUCEIT.

Desde entonces, en un goteo paulatino e ininterrumpido, han venido las gentes de todo espacio y lugar hasta el Monte Sacro donde, en el S. XVII se erigió, con aportaciones económicas de todas las tierras de España, la actual Basílica que, como relicario de piedra, guarda la Reliquia de la Cruz de Cristo, a cuyo pie os habéis postrado esta mañana, como tantos cientos de miles de peregrinos han hecho a lo largo de este año santo, que ya comienza a intuir su final en el horizonte cercano del calendario.

Caravaca, acostumbrada desde siglos a recibir peregrinos, es tierra hospitalaria que os ha recibido con los brazos abiertos, ofreciándoos su cielo azul, su luz otoñal y la calidez de su presencia. Y es que a sus habitantes nos enseñaron a ser hospitalarios y cordiales con quienes, como vosotros, llegan hasta aquí por los caminos de la historia y de la tierra, primero los Templarios y luego los Santiaguistas, a lo largo de los tiempos. Aquellos permanecieron entre nosotros desde 1260 hasta 1310, y éstos desde 1344 hasta mediados del S. XIX, enseñándonos los valores éticos de las órdenes militares.

En Caravaca, como tierra de frontera con los moros de *Al-Ándalus*, se garantizó durante siglos la seguridad del resto de las gentes de la actual Región de Murcia. Con la sangre de nuestros antepasados se escribieron muchas páginas de la Historia regional, puesto que desde aquí se aseguraba la tranquilidad de las tierras del interior, y se avisaba, mediante señales ópticas y acústicas, del acechante peligro de la presencia enemiga, gracias a una red informativa que, partiendo del Castillo de Celda (en la misma raya fronteriza), daba cuenta del peligro musulmán en poco más de diez minutos, hasta los castillos de Monteagudo, Castillejo, Larache, Santa Catalina y Los Garres, que circundaban y aún hoy sus ruinas siguen circundando y protegiendo la ciudad y la huerta de Murcia.

Pero cuando las noticias llegaban a la entonces capital del viejo reino, y hoy Comunidad Autónoma, ya habían hecho frente al invasor las gentes de Caravaca y su campo, y también las gentes de Cehegín, las de Bullas, Mula, Puebla de Mula, Torres de Cotillas y Molina, que entonces se denominaba Molina Seca.

La Bandera de Caravaca no es un lujoso pendón custodiado en una vitrina de nuestro Ayuntamiento. Es un montón informe de jirones textiles conservado como reliquia de lo que hicimos en mil batallas contra el enemigo común. Lo que hicimos los de aquí por las demás gentes que habitaban la geografía murciana. Jirones manchados de sangre y sudor, que no hemos querido recomponer ni restaurar para que nuestros hijos, y los hijos de nuestros hijos, sepan valorar en su justa dimensión lo que Caravaca, y por extensión las gentes de los pueblos y ciudades que nos integramos en el denominado NOROESTE de la Región de Murcia (o Tierra de Órdenes como otros pretenden llamar),

hicimos por la actual Comunidad Autónoma, sin alardear de ello, a lo largo del proceso histórico de consolidación de esta comarca, hasta la actualidad más inmediata.

Como es sabido, el ejército de los Reyes Católicos que conquistó Granada (el último reducto musulmán hispano) en 1492, estaba integrado por hidalgos y nobles que, con su aportación económica y humana, hizo posible el final de la reconquista, tras ochocientos años de intentos continuados para ello.

Muchos de estos nobles e hidalgos, subyugados por la fecundidad de estas tierras del Noroeste de Murcia, yermas en la mayor parte de su superficie, precisamente por el abandono a que habían estado sometidas durante tan largo período de tiempo, en plena frontera de Castilla con *Al-Ándalus*, pidieron a Isabel y Fernando la posesión de las mismas en recompensa por la ayuda prestada.

Fue así como este rincón de las Españas comenzó a repoblarse con servidores de aquellos señores nobles e hidalgos, labradores y ganaderos en su inmensa mayoría, que comenzaron a cultivar sus tierras y a aprovechar los pastos proporcionados por ellas, para alimento del ganado lanar y caprino fundamentalmente, que tan buenos resultados ofrece en estas latitudes.

A partir de 1492, cuando se inicia la Paz Hispana, el cereal y la vid comienzan a permitir verdear los horizontes tantos años ocres por el abandono a que se les había sometido. Los testamentos conservados en los archivos notariales, dan cuenta del incremento paulatino de los cultivos de trigo, cebada, avena y centeno y, también, de enormes extensiones sembradas de viñedos que los abuelos dejan a los padres, y éstos a los hijos, en sucesión ininterrumpida de la propiedad legítimamente adquirida, y no menos legítimamente legada a sus descendientes.

Pero como lo que nos interesa es el cultivo de la vid, que proporciona la posibilidad de obtener los ricos caldos que otrora ofrecían las tierras del Noroeste Murciano, os diré que, como testigo elocuente de su abundancia aún permanece en Caravaca el topónimo LOS VIÑALES, referido a una gran extensión de tierras fértiles, hoy devoradas en gran parte por el urbanismo feroz de los últimos tiempos, que se extendía, en la margen izquierda del río Argos, desde el paraje de Santa Inés hasta las faldas de las laderas montañosas que dibujan el valle donde se ubica la ciudad.

Los Viñales, y otras muchas tierras sembradas de vid, producían anualmente cantidades ingentes de vino, que los cultivadores almacenaban en grandes tinajas enterradas en las bodegas de sus domicilios, a diferencia de sus vecinas, las castellano-manchegas, que no se entierran sino que permanecen ancladas en la superficie.

Todas las edificaciones que componen el casco urbano de la Caravaca construida durante los siglos XVI, XVII y XVIII, cuentan con un cuerpo de sótano dedicado a bodega. De aquellas edificaciones sólo permanecen en pie, en la actualidad, las palaciegas, aquellas construidas sobre grandes superficies urbanas, dotadas de buena cimentación y construidas con materiales sólidos y nobles en sus fachadas. En todas estas edificaciones se puede observar (os invito a hacerlo en un recorrido monumental por la ciudad), los vanos de ventilación, abiertos a ras del suelo de la calle, por donde los gases procedentes de la fermentación de la uva, se evaporaban sin causar perjuicio a los dueños de las bodegas.

Las grandes tinajas embutidas en el suelo de las bodegas, eran fabricadas en barro del lugar, en el paraje de LAS CANTARERÍAS, donde abundantes industrias relacionadas con el barro, aportaban el

material necesario para el almacenamiento...y un trasiego continuo de carros y animales, es preciso imaginar por las calles y plazas de la ciudad durante los últimos días de septiembre y primeros de octubre, camino de los lagares urbanos donde la uva se convertía en mosto y el mosto posteriormente en vino, que se comercializaba y consumía a lo largo del año, aportando importantes beneficios a la economía local. La vendimia daba trabajo, y el trabajo dignificaba el hombre y permitía el sustento de los menos favorecidos por la Naturaleza.

El vino de cada cosecha, durante los siglos a que me refiero, que fueron, repito: el XVI, XVII, XVIII y gran parte del XIX, era conducido en pellejos, y a lomos de caballos, cada año, en la víspera de la fiesta de la patrona de la ciudad: la Santísima Cruz, al pie de la misma, en su iglesia, para ser bendecido en su presencia.

Cada mañana del dos de mayo, las familias de la oligarquía local, como los Muso Muñoz de Otálora, los San Mamés, los Santa Ana de las Torres, los Quesada, los Balazote, los Melgares, los Uribe Yarza y tantos otros, junto a instituciones como el propio Concejo y la administración de la Orden de Santiago a través de sus Casas-Tercia de Singla y Caravaca, encargaban a sus entrantes, labradores y muleros, preparar los mejores caballos de sus cuadras, lavarlos, pintarles los cascos y adornar sus crines y colas con cintas multicolores ... para subir la cuesta que conduce al Castillo ante la admiración de las gentes del lugar, portando pellejos con el mejor vino de la cosecha, para ser bendecido en presencia de la Cruz.

La ceremonia era larga, como corresponde a los tiempos del renacimiento y el barroco. Los señores asistían a la misma ataviados de sus mejores galas, como era lógico en tan singular momento. Quién sabe si al final de la misma habría catas para demostrarse unos y otros la calidad de sus caldos.

Mientras tanto, los mozos cuidaban de los corceles en la lonja del castillo, a la espera de reanudar su trabajo, cargando de nuevo los pellejos de vino en los lomos de sus caballos y regresar a las bodegas y luego a las cuadras.

En algún momento de la espera, los mozos presumirían de la fuerza y la estampa de sus respectivos animales, y hasta se arriesgarían a medir la fortaleza de aquellos, y de ellos mismos, con alguno entre los demás. Seguramente se hicieron breves carreras, cronometrándose el tiempo invertido por los propios compañeros. Seguramente, también, quedaría en el aire una cita para el año venidero. Una revancha acallada, un lance no disimulado.

Los mozos comentaban después con sus señores, en los días siguientes al festejo, la fuerza demostrada por sus animales ante los demás. Sin duda alguna que lo oligarcas comenzaron a interesarse por las cuitas de sus muleros, y un no disimulado interés comenzó a fluir por sus venas, permaneciendo aparentemente al margen de todo, aunque la realidad fuera otra.

Quienes de ustedes conocen nuestro singular festejo de los CABALLOS DEL VINO, que tiene lugar en Caravaca durante la primavera mañana del dos de mayo, se habrán percatado que estoy hablando del origen de la fiesta que, a quienes aún no la han presenciado y participado, invito a vivirla entre nosotros, antes mejor que después.

Lo que acabo de narrarles es el germen histórico del festejo de los Caballos del Vino. Pero en Caravaca, en la frontera, lo trascendente lo envolvemos con celofán de fantasía, y la verdad la

adornamos con lazos de color virtual. Y todo ello da como resultado la leyenda, que no es sino una bella, una hermosa mentira con visos de realidad.

Cuenta la leyenda que, en fecha indeterminada de la Edad Media, durante el tiempo en que los templarios poseyeron la ciudad, estando las gentes cristianas de la ciudad refugiadas en el castillo, y éste sitiado por los moros; durando el sitio ya mucho tiempo, el agua de los aljibes de la fortaleza se acabó, comenzando la enfermedad a cebarse en la población sitiada. Ante el agobio que pueden ustedes imaginar, unos cuantos valerosos caballeros templarios, animados por la audacia y la fuerza de la juventud, burlaron el cerco enemigo con sus caballos y salieron al campo en busca de agua en los manantiales cercanos, todos ellos protegidos fuertemente por los moros, y los demás con las aguas envenenadas.

Corrieron veloces al campo, dejando atrás las huertas cercanas, a la búsqueda de algún manantial donde llenar los cántaros vacíos y acudir en ayuda de las buenas gentes que, enfermas, habían puesto su única esperanza en ellos.

En el campo de Lorca, y lugar conocido como El Campillo de los Caballeros hasta hoy, cansados de buscar y buscar en tierras en las que siempre escaseó el agua, lo que hallaron fue un lagar con abundantes pellejos de vino en su interior, que no dudaron en cargar sobre los lomos de los animales. Una vez bien atados, en veloz carrera, habiendo envuelto con trapos los cascos para hacer el menor ruido posible en el galopar de las bestias, pasando desapercibidos entre los guerreros que cuidaban del cerco; en veloz carrera, como digo, cogidos al animal en su parte delantera y trasera, formando un grupo uniforme y compacto volvieron a burlar el cerco enemigo y entraron en el interior de la Fortaleza con gran alborozo de los allí presentes, quienes, para demostrar su alegría y entusiasmo sacaron de las viejas arcas de los ajuares domésticos, las colchas de novia de las abuelas, con las que cubrieron los lomos de los caballos que, desde entonces se denominaron, entre las gentes de Caravaca: LOS CABALLOS VINO.

Quienes entre ustedes, como antes he dicho, han vivido junto a nosotros la singular mañana del dos de mayo caravaqueño, recordarán, en el último tramo de la cuesta que conduce al castillo, la carrera que al filo del mediodía libran los Caballos, asidos por cuatro mozos, en un alarde de fuerza, y también de color y poesía, camino del Castillo, evocando aquella carrera de antaño, en lucha feroz entre ellos mismos, por conseguir hacer el trayecto en el menor tiempo posible.

Y sigue afirmando la leyenda que, *bendecido el vino que trajeron los caballeros templarios en presencia de la Cruz, y dado a beber a los enfermos que ya aguardaban la muerte, éstos sanaron, recuperando no sólo la salud del cuerpo sino también sus fuerzas físicas. En pocos días presentaron batalla al enemigo, vencéndolo y liberando a la población del invasor agareno.*

Al filo del medio día, como digo, mientras tiene lugar la carrera en los últimos ochenta metros del postrer tramo de la cuesta, la ceremonia ritual de la bendición del vino sigue teniendo lugar en el interior de la Basílica. El sacerdote sumerge, con unción, el pie del portacruz barroco en el que se inserta el relicario, en jarra de plata llena de vino dulce de las bodegas de la región, y de esta manera se engarzan leyenda e historia sobre el Monte Sacro, crisol de culturas, de costumbres, de anécdotas y decires.

Así, cada año, bajo el cielo azul de Caravaca, vino y caballos evocan el pasado y forjan el presente, con la mirada puesta en el futuro, mientras la muchedumbre, entusiasmada, vocifera y suda en la cuesta, ajena al milagro continuado de la tradición y el rito.

Con la llegada de la maldita filoxera, a finales del S. XIX, los campos de vides que se perdían en el horizonte caravaqueño perdieron su fuerza y también su vida. Los ricos caldos del Noroeste Murciano dejaron de fluir en los lagares, y posteriormente en las tinajas que poblaban las bodegas, que sólo acumularon polvo y suciedad en sus entrañas en lo sucesivo, y hasta el vino para la bendición ante la Vera Cruz, cada dos de mayo para continuar el rito y la tradición, hubo de traerse de fuera.

El topónimo LOS VIÑALES, que recuerda aquellas inmensas extensiones de terreno pobladas de vid, sólo es eso: un topónimo, en cuyo significado muchos ni reparan. Las bodegas de los palacios señoriales, antaño llenas de riqueza, fueron abandonadas. Sin embargo, los Caballos del Vino, bajo el cielo azul de Caravaca, siguen ganando adeptos cada año; unos de manera presencial, en vivo, a pie de calle, codo con codo con los caballistas sufriendo y vibrando con ellos. Otros al otro lado del televisor, escuchando el comentario más o menos afortunado del cronista y viendo las imágenes enviadas por el realizador del programa en directo. Unos y otros inconscientes del contenido simbólico y ritual del espectáculo que la calle caravaqueña ofrece a propios y extraños, pero todos en torno a un festejo, el de los Caballos del Vino, de trascendencia internacional, con leyenda e historia propias, dignas de una epopeya colosal.

El cronista pone fin a su intervención para no cansarles en exceso. Y lo hace con el deseo de que vuestro duodécimo Gran Capítulo, iniciado en el Monte Sacro de Caravaca, al pie de la Cruz, en el contexto temporal y geográfico del Año santo, sea un éxito y lo recordéis con agrado en el futuro.

En este reino de la denominación de origen BULLAS, similar en virtualidad al vuestro de la MONASTRELL, hay un castillo en cuyas murallas ya ha esculpido su nombre vuestra cofradía del vino Reino de la Monastrell, junto a los nombres de tantos peregrinos que, desde la Edad Media han llegado hasta aquí guiados por la LUZ JUBILAR, que no sólo ilumina el camino, sino que indica que la casa está abierta a quien llega, a cualquier hora del día o de la noche, y también quema pecados que ensucian el alma.

Los cofrades presentes, y también los ausentes, que desde el lugar en que permanecen os recuerdan con nostalgia, ya sois de los nuestros. Del ejército de hombre y mujeres que, ilusionados, combatimos los errores del pasado y abrimos las puertas al futuro que hoy comienza, porque en Caravaca, durante el Año Santo, se construye el futuro individual y colectivo de quienes, como vosotros y yo mismo, miramos con arrogancia al porvenir.

Gracias por haber elegido Caravaca para vuestro Capítulo anual. Gracias por vuestra sensibilidad al acordaros de que en el Noroeste Murciano existimos los de aquí. Gracias por habernos recordado el pasado y habernos actualizado el presente. Y gracias, muchas gracias, porque nos enseñáis a diario que, juntos, los de aquí y allá. Los del norte y los del sur. Los del poniente y el levante, con cualquier excusa nos ponemos en movimiento para brindar en el Reino de la Monastrell, y con la copa rebosante de ilusión, por lo que verdaderamente merece la pena: nuestro presente, en el recuerdo del pasado, por el futuro de nuestros hijos.

Sr. Presidente

Sres. del Gran Consejo

Sras. y Sres.

Cuando esta noche regreséis al hogar, cansados los cuerpos pero fortalecidos los espíritus y las ilusiones, contad a los vuestros, a los hijos y a los padres viejos, que hoy en Caravaca, a 700 m. de altura sobre el mar, entre la tierra y el cielo, habéis visto una luz que ha iluminado vuestra alma, y habéis besado una Cruz pensando en ellos. Decidles lo que habéis sentido, contadles el escalofrío en su presencia, y hacedles partícipes de vuestros sentimientos aquí experimentados.

Contadles a ellos, a los compañeros de trabajo y al mundo que os escuche, que en Caravaca os habéis sentido abrazados por el doble brazo de una Cruz, ocho veces centenaria en este lugar, llegada del Cielo, que humedecida por la sangre del redentor, ha florecido en un castillo construido con besos, con piropos, con lágrimas y deseos. Un castillo en el que cabemos todos y que aguarda vuestro regreso para, una vez más todos juntos, mirar desde aquí a ese futuro que colectivamente a la Cofradía e individualmente a cada uno de vosotros, os deseamos feliz.